

compra adquirió el condado de Namur y el ducado de Luxemburgo; por herencia entró en posesión de los ducados de Brabante y de Limburgo, pertenecientes á su primo; y por la violencia desposeyó á Jacobita de Hainaut, que hubo de abandonarle en 1443 el Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia. Además obtuvo de su aliado el duque de Bedford nuevos territorios franceses, que Carlos VII le confirmó más adelante, y por último recibió del mismo rey las ciudades del Somma. Los principados eclesiásticos de Cambrai, Utrecht y Lieja no escaparon á su influencia: su hermano natural fué obispo de Cambrai, su bastardo David lo fué de Utrecht y su sobrino Luis de Borbón de Lieja.

Aquel afortunado príncipe fué, durante los quince primeros años del reinado de Carlos VII, mucho más poderoso que el rey de Francia; Enrique VI y Carlos VII se disputaron su alianza, y al final de su vida todavía era en París más popular que el rey. Y sin embargo, no era un político profundo: la difícil tarea de gobernar tantos pueblos diversos y á menudo turbulentos requería un príncipe sosegado y laborioso, apegado á sus deberes, y Felipe *el Bueno* era un hombre «de alma elevada y recta, alegre de espíritu y ágil de cuerpo, pero con frecuencia bastante calenturiento,» y como sus antepasados tenía cóleras terribles que le volvían medio loco. Este príncipe orgulloso y frívolo fué aficionado especialmente al lujo, á las artes y á las mujeres; trabajaba poco y los éxitos de su política fueron efecto de las circunstancias ó fruto de la sabiduría de sus consejeros. Era en extremo ambicioso, como todos los príncipes de su raza, y tenía una idea muy elevada de su poder y de los destinos de su dinastía. Titulábase «duque por la gracia de Dios» y la nobleza que le rodeaba no era más que una brillante servidumbre de la que le separaban muchos é infranqueables grados: Chastellain pretende que en el momento de su advenimiento los cortesanos decían, «unos con el pensamiento y otros entre dientes, las palabras que dijo la mujer á Jesucristo: «¡Bendito sea el vientre que te llevó y el pecho que te amamantó! Contigo queremos vivir y morir; tú eres hombre de Dios.» La corte de Felipe *el Bueno* era, como hemos visto, el paraíso de la caballería; pero el duque sólo gustaba de la compañía de los nobles á condición de que éstos le trataran como señor. La orden del Toisón de Oro, que creó en 1430 con el pretexto de mantener las tradiciones caballerescas, no fué en realidad para él sino un medio de atraerse más estrechamente á aquella dócil nobleza, de recompensar, con la colación de la orden, á los servidores leales, de castigar por exclusión á aquellos cuya fidelidad vacilaba y de alistar toda una clientela de príncipes extranjeros.

El gobierno de los duques de Borgoña era, por otra parte, un gobierno de legistas: las nuevas universidades

de *l'histoire de Belgique* (2.^a edición, 1902). Se consultarán con provecho los *Inventaires* ya publicados de los Archivos departamentales del Norte.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de la *Histoire de Bourgogne* de dom Plancher, y las demás obras ya citadas, págs. 651 y 692: Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo II, 1902. Lameere, *Le grand conseil des ducs de Bourgogne*, 1900 (de consulta para el conjunto de la administración ducal). Pablo Fredericq, *Le rôle politique et social des ducs de Bourgogne dans les Pays-Bas*, 1875. Pagart d'Hermansart, *Histoire du bailliage de Saint-Omer*, 1898. De Reiffenberg, *Histoire de l'ordre de la Toison d'Or*, 1830.

fundadas en Dole (1422) y en Lovaina (1425) acabaron de proporcionar á la dinastía ducal un personal de consejeros y de hombres de ley que trabajaron para establecer una administración centralizadora organizada según el modelo de las instituciones reales. Las cuatro cámaras de cuentas de Dijón, de Lilla, de Bruselas y de La Haya se distribuyeron la gestión financiera. A medida que se anexionaban nuevas provincias, cada una de ellas recibía un Consejo de justicia cuyas atribuciones estaban calcadas sobre las del Consejo de Dijón. El órgano central era el Gran Consejo, que ejercía una vigilancia efectiva sobre la administración de todas las provincias borgoñonas y aun se esforzaba por atraerse las apelaciones judiciales con detrimento del Parlamento de París, y algunos de cuyos miembros compartían con el recaudador general la alta dirección de la hacienda. El ejército, sobre el cual no tenían competencia los togados, fué la única institución que se mantuvo atrasada é informe hasta el reinado de Carlos *el Temerario*.

Aquel gobierno completamente monárquico puesto al servicio de un príncipe pródigo y megalómano resultaba duro y gravoso para el pueblo, y así lo confesó Felipe al fin de su vida, cuando dijo: «¡Ay! Si mi buen pueblo me ama es por su bondad, no por mi mérito, porque le he tratado duramente y le he gobernado mal (1).» El duque aprovechaba todas las ocasiones para percibir subsidios extraordinarios y tenía «funcionarios hambrientos que se lo tragaban todo.»

Felipe descuidó las dos Borgoñas: vivió poco en ellas y dejó que los desolladores las asolaran, y si convocó regularmente los Estados del ducado y del Franco-Condado, fué para exigirles pesados sacrificios. Residió con preferencia en sus ciudades de Flandes y de Brabante, en Brujas y en Bruselas; sabía perfectamente que allí estaba la fuente de su opulencia é hizo algunos esfuerzos para desarrollar la prosperidad de las Flandes (2); pero en el fondo, sólo desprecio podía inspirarle aquella población de tejedores y de pañeros. Las lenguas germánicas le parecían idiomas incongruentes y no toleraba que los que le rodeaban las hablaran. Chastellain, á pesar de ser hombre del Norte, se burlaba de los frisones «que no entendían el francés como si fueran bestias brutas.» Fuertemente apoyado por la nobleza y por el clero de los Países Bajos, quiso Felipe *el Bueno* hacer prevalecer su autoridad sobre los antiguos usos locales, y si bien respetó las franquicias de las ciudades, puso nuevamente en vigor todos los derechos que su prerrogativa de príncipe le confería, sobre todo en lo referente al nombramiento de los magistrados municipales. Además, el derecho consuetudinario fué atacado por los legistas que llenaban el Gran Consejo y los bailíos.

De suerte que en el siglo xv, en los Países Bajos co-

(1) No le faltaron buenos consejos, pues tuvo á su lado algunos sabios que preveían la decadencia de su casa en un breve plazo. Consúltense los *Avis* publicados por Kervyn de Lettenhove con el título (muy inexacto) de: *Programme d'un gouvernement constitutionnel en Belgique au XV siècle*, «Bulletin de l'Académie des Sciences en Belgique,» segunda serie, tomo XIV, pág. 224.

(2) Esta prosperidad estaba entonces en su apogeo, pero estaba también en vísperas de su decadencia. Y aun cabe suponer que había comenzado la decadencia económica de Flandes, en cuyas ciudades la población tendía á disminuir. Consúltense V. Fris, *Schets van economischen Toestand van Vlaanderen in het midden der XV eeuw*, 1900 y Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo II, 1902.

mo en todas partes, el sistema político nuevo, la idea monárquica prevalecía sobre las tradiciones particularistas de la Edad media. Sin embargo, el triunfo del poder ducal no fué pacífico en todo el Estado borgoñón: en Flandes la resistencia fué muy enérgica porque allí el pueblo se mostraba en extremo apegado á sus tradiciones, aun á las que eran notoriamente injustas (1). Las grandes ciudades, acostumbradas á gobernarse á sí mismas y á no tener para nada en cuenta los derechos del príncipe, trataron de oponerse por la fuerza á las exigencias de Felipe *el Bueno* aun en los casos en que éstas eran legítimas. El heraldo Berry nos dice que aquellos «grandes comederos de carnes, de pescados, de leche y de mantecas» eran «gente peligrosa;» y en efecto, aquellos flamencos pesados y bruscos, apegados hasta la muerte á los privilegios que habían conquistado, profesaron á veces al «buen duque» un odio mortal, pero el mismo espíritu particularista que inspiraba sus sublevaciones les impedía unirse. Las grandes ciudades se envidiaban unas á otras y tenían esclavizadas á las pequeñas, y en todas partes interminables contiendas engendraban luchas entre la aristocracia burguesa y la democracia de los oficios que desde las revoluciones del siglo xiv intervenía en el gobierno urbano. Los patricios, siempre amenazados de una sublevación popular en la que peligrarían sus cabezas, se inclinaban poco á poco al príncipe, que era el único que podía protegerles.

La revolución de Gante fué la más furiosa de todas (2): provocóla Felipe *el Bueno* queriendo reemplazar todos los antiguos impuestos con una gabela sobre la sal, y en la primavera de 1452 comenzó una guerra implacable. Todos los vasallos de Felipe *el Bueno* y algunos caballeros procedentes del fondo de Francia acudieron para castigar á aquella canalla «que no reconocía Dios en el cielo ni príncipe en la tierra.» Los ganteses fueron abandonados por las ciudades de Flandes, pero eran muchos y valientes y los aldeanos de la región lucharon en favor suyo. Varias batallas campales no desalentaron á los rebeldes, los cuales decían: «¡Vamos, vamos á Felipín á todo escape!» Por fin, en 23 de julio de 1453 los ganteses hicieron una salida en masa y fueron exterminados cerca de Gavre, dejando en el campo trece mil cadáveres.

Felipe *el Bueno*, tan ávido por gozar de la vida, no disfrutó de un momento de tranquilidad: tuvo grandes disensiones con los ciudadanos de Utrecht y de Lieja, y su política en Alemania, así como sus proyectos de cruzada, trajeron consigo infinitas complicaciones; por esta razón no declaró la guerra á Carlos VII cuando los funcionarios del rey emprendieron la revisión, bajo cuerda, del tratado de Arrás.

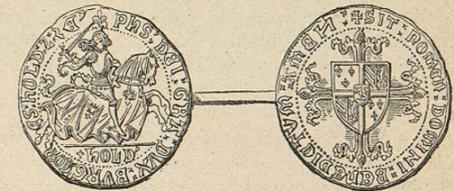
Carlos VII no sentía ninguna enemistad personal contra su primo Felipe *el Bueno*, pero habíale dolido

(1) Así lo demuestran los agravios formulados por los habitantes de Casel en 1427 contra su baile (A. Desplanque, *Troubles de la châtellenie de Casel*, «Annales du Comité Flamand de France,» tomo VIII, 1864-1865) y el relato de un combate entre dos ciudadanos de Valenciennes, en 1455 (Mateo de Escouchy, tomo II, pág. 297; Oliverio de La Marche, tomo II, pág. 402).

(2) Véanse en los «Annales» y en el «Bulletin de la Société d'Histoire de Gand,» 1900-1901, los estudios críticos (en flamenco) y los documentos publicados por V. Fris, el cual publicará en breve un libro sobre este asunto.

profundamente la injuria que se le infiriera en Arrás y aun menos que él habían olvidado la afrenta los últimos representantes del partido armagnac que le rodeaban. Aquella famosa paz de 1435 que tanto había halagado el orgullo del hijo de Juan *Sin Miedo*, fué en la historia de los duques de Borgoña el prefacio de su ruina. Con ella no se habían calmado en modo alguno los antiguos odios; á fines del reinado de Carlos VII un borgoñón no podía viajar en Francia sin verse insultado, y en los registros del provisorato de Ruán se consigna que las palabras «traidor borgoñón» eran consideradas como una injuria sangrienta.

Felipe *el Bueno* jamás pudo obtener las satisfacciones morales que le habían sido prometidas: los asesinos de Juan *Sin Miedo* no fueron castigados y no se insti-



Moneda de oro de Felipe *el Bueno*, duque de Borgoña y conde de Holanda

tuyeron las fundaciones piadosas que debían patentizar el arrepentimiento de Carlos VII. El rey, con una mala fe no menos evidente, trató en 1452 de recobrar la posesión de las ciudades del Somma sin desembolsar un céntimo, apoyándose en antiguos pactos que habían perdido todo su valor; pero esta superchería no dió resultado. A falta de una restitución pura y simple de las tierras abandonadas al duque de Borgoña en 1435, los funcionarios del rey pretendieron someterlas al impuesto real y se opusieron á las recaudaciones de tributos que realizaban los agentes ducales. Tampoco respetaron los privilegios fiscales que el tratado de Arrás reconocía al duque en la Borgoña propiamente dicha, sino que, por el contrario, intentaron percibir en ella, por lo menos en la región inmediata al patrimonio real, tasas sobre las mercancías. Afirmaban que Felipe *el Bueno* no tenía derecho de acuñar moneda en Dijón, ni de establecer nuevos peajes, ni de dar, como el rey, letras de remisión y de ennoblecimiento, y cuando se crearon las compañías de ordenanza, los agentes reales tuvieron la osadía de reclutar soldados en los dominios de Felipe. Ninguna de estas tentativas tenía éxito duradero, pero mantenían un estado de exasperación permanente entre los consejeros y los funcionarios ducales.

Más frecuentes y más agudos todavía eran los conflictos de jurisdicción. Los bailes reales procuraban atraer á su tribunal los procesos de las aldeas borgoñonas situadas cerca de la frontera. El Parlamento de París mantenía obstinadamente su derecho de jurisdicción suprema sobre los dominios ducales comprendidos en el reino y recibía frecuentemente apelaciones de la Flandes francesa y aun de la Flandes imperial, y hasta se atrevió á emplazar al mismo duque, á pesar de que el tratado de Arrás le había eximido personalmente de la soberanía de Carlos VII. En efecto, en 1445, estando Felipe *el Bueno* presidiendo el capítulo del Toisón

de Oro, un alguacil del Parlamento deslizóse en la sala y muy honesta y humildemente presentó, en nombre de un jefe de desolladores, llamado Dimanche de Court, una notificación en la que se emplazaba al duque de Borgoña para que personalmente compareciera ante el tribunal.

Era, según hace observar Chastellain, como si hubiese dicho al príncipe: «He aquí el azote del altanero orgullo que habéis concebido que viene á corregiros, á cogeros y á demostraros lo que sois.»

A los borgoñones no les preocupaba en modo alguno el soportar la dominación y las exigencias fiscales del rey de los armagnacs; pero los flamencos, que no tenían al rey, tenían interés en acordarse de que su condado era un feudo de la corona de Francia. Carlos VII guardóse bien de rechazar en 1450 á los ganteses cuando se pusieron bajo su protección, y al estallar la «guerra de Gavre» envió sucesivamente dos embajadas encargadas de una misión conciliadora. Estas tentativas de intervención real en Flandes ponían furioso á Felipe el Bueno.

Carlos VII, por su parte, tenía graves motivos de queja contra el duque de Borgoña; el cual no le había prestado auxilio alguno en la lucha contra los ingleses. Felipe el Bueno, preocupado por los intereses económicos de los Países Bajos, que su ruptura con Enrique VI comprometía, había procurado reanudar las relaciones con sus antiguos aliados, y viendo que la paz general era imposible, había firmado en 1439 un tratado de comercio con los ingleses. Finalmente, para garantizarse contra el mal humor del rey, creábase una clientela entre los príncipes descontentos: el duque de Borbón era su íntimo amigo, y desde los tiempos de la Praguerie sostenía Felipe una correspondencia secreta con el delfín, y al mismo tiempo se conquistaba la amistad de Carlos de Orleans ayudándole á pagar su rescate y haciéndole entrar en la orden del Toisón de Oro, lo mismo que los duques de Bretaña y de Alenzón y á Mateo de Comminges.

Estas continuas disensiones entre el rey y el duque de Borgoña daban lugar á negociaciones interminables, que por lo menos servían para amortiguar los choques; sin embargo, en 1444 estuvo á punto de estallar la guerra cuando los desolladores invadieron por todos lados los dominios ducales asolándolos horriblemente. Las tropas ligeras armagnacas destruían los escudos con las armas de Felipe el Bueno, torturaban á los aldeanos y pateaban á los «traidores borgoñones», gritándoles que fueran á buscar á su duque. La ruptura inminente se conjuró merced á varias conferencias celebradas en Bruselas.

La acogida dispensada por el duque al delfín reavivó los antiguos odios. Felipe se había engañado creyendo que con ello conseguiría un nuevo aliado, y cuando los embajadores borgoñones fueron á explicar al rey que su señor no había podido negar la hospitalidad al delfín, Carlos VII les despidió con estas palabras proféticas: «Decid á vuestro dueño que á veces el que cree sacar provecho saca gran perjuicio.» Más tarde hizose de ello una frase histórica: «Mi primo de Borgoña alimenta á la zorra que se comerá sus gallinas.» Carlos VII había adivinado lo que había de suceder. Luis, absorbido en apariencia por una vida de placeres, observaba las de-

bilidades de aquella dominación que en breve pensaba derribar. Fué padrino de María de Borgoña, hija del joven conde de Charolais, pero había de llegar un día en que lucharía encarnizadamente para arrebatarse á su ahijada la herencia paterna.

«¿Qué ventaja nos reporta tener aquí á monseñor el delfín?—decían los hombres fieles á Felipe el Bueno.—Ninguna, pues desde que entró aquí no hemos tenido paz ni tampoco logrado bien alguno, y sí, por el contrario, continuas querellas y contiendas entre el rey y monseñor.»

En efecto, desde que se tuvo noticia de la fuga del delfín, el Consejo del rey había agitado la cuestión de la guerra, y en varias ocasiones algunos preparativos de expediciones y golpes de mano aislados hicieron creer que se había consumado la ruptura.

Carlos VII, empero, se inclinaba á la paz, y Felipe el Bueno, por su parte, se iba haciendo viejo, amén de que le daban qué pensar las alianzas firmadas por su rival en toda Europa y la excelente organización del ejército real, al que sólo podía oponer tropas de dudosa solidez.

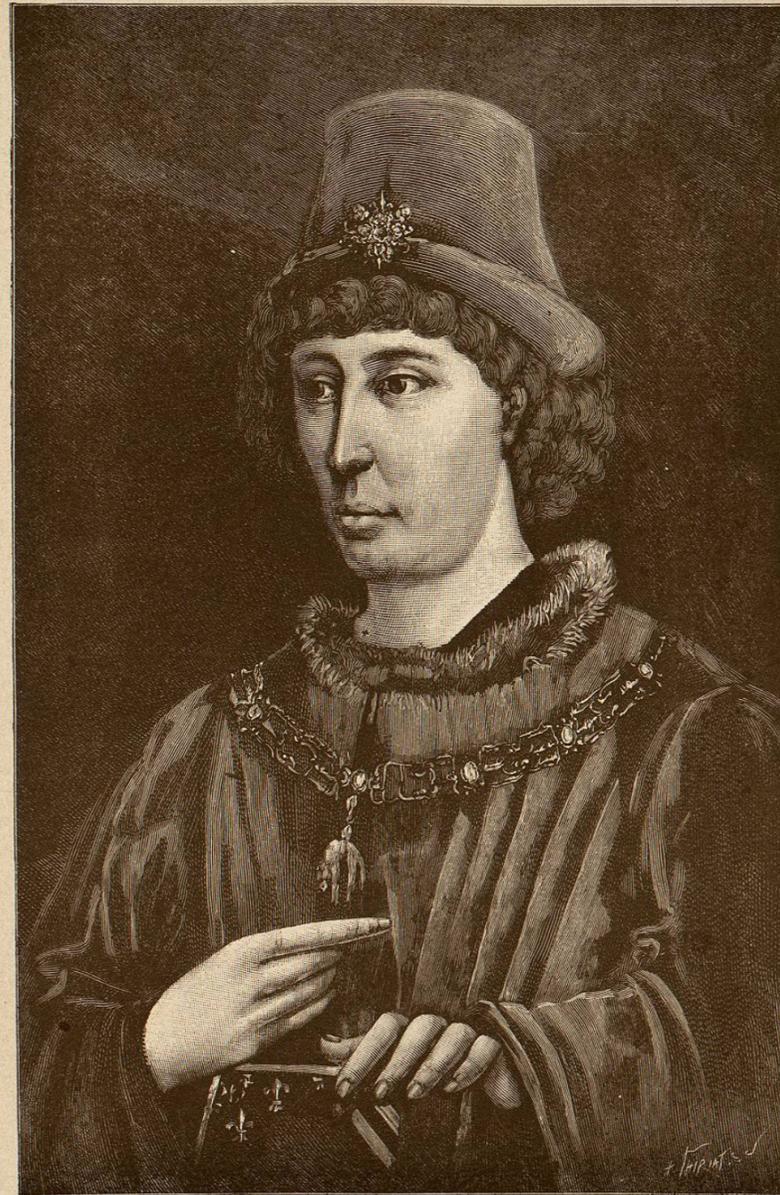
Exasperábase, sin embargo, la audacia de los hombres del Parlamento, y no cesaba de quejarse de ellos al rey.

En 13 de abril de 1458 un ujier del Parlamento fué á Gante, en donde Felipe acababa de hacer una entrada triunfal, y le emplazó para que compareciera el 1.º de julio en Montargis para asistir, entre los pares de Francia, al proceso del duque de Alenzón. Existía el propósito de denunciar delante de él mismo sus relaciones con los enemigos del rey; pero el duque, apoyándose en el texto del tratado de Arrás, se negó á moverse y exhaló en vehementes términos su cólera contra la gente del Parlamento: «Por lo que toca al rey, no me quejo de él y en él tengo puesta mi esperanza de todo bien; pero de vosotros, los del Parlamento, quéjome á Dios y al mundo de las injurias que me habéis hecho y me hacéis todos los días, y á Dios ruego que me conceda vida bastante para tomar toda la venganza que mi corazón ansía.»

Tres años después, sin embargo, hubo de soportar todavía la intervención del tribunal supremo; ya hemos visto, en efecto, cómo terminó el Parlamento el asunto de los «valdenses de Arrás.»

En aquel momento proseguían activamente de una y otra parte los preparativos de guerra. Las disensiones que habían estallado en la corte de Borgoña favorecían al rey de Francia; Carlos el Temerario, conde de Charolais, había reñido con los Croy, favoritos de su padre, y entablado negociaciones con Carlos VII, y desde el mes de julio de 1460 el Consejo del rey había emitido la opinión de que, en vista de las desobediencias del duque de Borgoña, debía procederse contra él por la vía de las armas; pero la muerte de Carlos VII evitó la guerra.

El orgullo de Felipe el Bueno habría quedado satisfecho y vengado si hubiese podido, como deseaba, llegar á ser rey por sus posesiones en tierras del Imperio, pues entonces habría sido el igual de Carlos VII; ya veremos, sin embargo, como éste en los veinte últimos años de su reinado contrarrestó las ambiciones de su poderoso primo.



FELIPE EL BUENO, DUQUE DE BORGÑA
(Retrato de la época, perteneciente á M. Delaherche)

CAPITULO X

CUESTIONES DE ALEMANIA, DE ITALIA Y DE ORIENTE

I. Cuestiones de Alemania.—II. Cuestiones de Italia.—III. Carlos VII y los proyectos de cruzada.—IV. Ojeada sobre el reinado de Carlos VII.

I.—Cuestiones de Alemania (1)

Antes de que terminara la expulsión de los ingleses, Carlos VII reanudó la obra de expansión, si bien con algunas precauciones, que se explican por la amenaza inglesa y menos por sistema que por la fuerza de las circunstancias. Así, por ejemplo, si intervino en Lorena y en Suiza, lo hizo impulsado por motivos especiales, tales como la necesidad de ocupar á los desolladores durante la tregua, el deseo de satisfacer las exigencias de un príncipe amigo, Renato de Anjou, y la obligación de rechazar el poderío borgoñón.

La política agresiva que en otro tiempo siguieron en la frontera del Este los reyes de Francia primero y después Luis de Orleans, había llegado á ser una política borgoñona. Felipe el Bueno se desprendió de Francia mucho más aún que su padre Juan Sin Miedo; sus adquisiciones hicieron de él ante todo un príncipe del Imperio. ¿Fundaría un nuevo reino fuera de Francia, en donde sólo tenía la tercera parte de sus dominios y en donde el tratado de Arrás le había eximido hasta de todo lazo de vasallaje respecto de Carlos VII? El problema que más adelante debía plantearse entre Luis XI y el Temerario, planteábase ya entre Carlos VII y Felipe el Bueno, y Carlos VII supo resolverlo con ventaja para Francia.

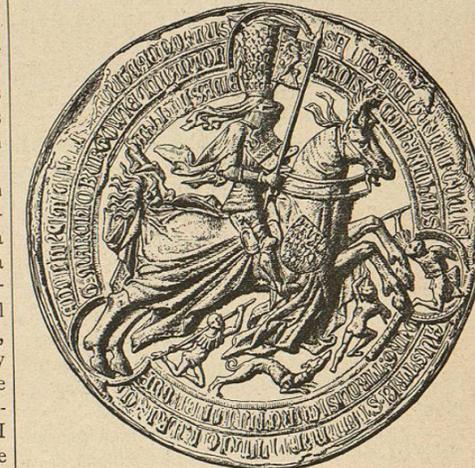
En la región que hacía siglos se disputaban Francia y Alemania, región física sin unidad que se sustrafía á toda evolución política precisa, tierra de Imperio en donde el emperador había llegado á ser poco menos que un extraño, el duque de Borgoña poseía el Franco Condado y los Países Bajos, territorios que quería reunir mediante la adquisición de los países intermedios. Habiendo visto rechazada una tentativa que em-

(1) FUENTES.—Los documentos publicados son numerosos y hállanse dispersos. Además de las crónicas de Mateo de Escouchy, Berry, T. Basin: *Annales du doyen de Saint-Thiebaud*, en dom Calmet, *Histoire de Lorraine*, tomo V, 1745; *Chroniques de la ville de Metz* (amalgama de crónicas, por J. F. Huguenin, 1838). Documentos publicados por: Schilter, *Elsassische Chronique von Jacob von Kenigshoven*, 1698 (Apéndices, pág. 909 á 1020); Chmel, *Materialien zur österreichischen Geschichte*, 1832-1840; Mossmann, «Revue d'Alsace», 1875; Tueteu, *Les Ecorcheurs*, tomo II; De Beaucourt, «Edition de la Chronique de Mathieu d'Escouchy», tomo III, *Pièces justificatives*.

OBRAS DE CONSULTA.—A. Lerroux, *Nouvelles recherches critiques sur les relations de la France avec l'Allemagne de 1378 á 1461*, 1892. Dierauer, *Geschichte der Schweizerischen Eidgenossenschaft*, tomo II, 1892. L. Stouff, *Les origines de l'annexion de la Haute-Alsace á la Bourgogne*, «Revue bourguignonne de l'Enseignement supérieur», tomo X, 1900; Tueteu, *Les Ecorcheurs sous Charles VII*, 1874. Witte, *Die Armagnaken im Elsass*, 1890. Favre, *Notice sur Jean de Buëil* (Introducción al *Jouvenel*, edición de la «Société de l'Histoire de France»). De Sauley et Huguenin, *Relation du siège de Metz en 1444*, 1835. B. de Mandrot, *Relations de Charles VII et de Louis XI avec les cantons suisses*, 1881. Duhamel, *Négotiations de Charles VII et de Louis XI avec les évêques de Metz pour la châtellenie d'Epinal*, «Annales de la Société d'Emulation des Vosges», tomo XII, 1867.

prendió sobre la Alsacia meridional, puso sus miras en el Barrois y en la Lorena y posteriormente en el Luxemburgo, prestando su ayuda al conde de Vaudemont contra Renato de Anjou, duque de Bar y de Lorena (2), y esforzándose discretamente en extender su influencia sobre los obispos de Metz y de Verdún.

El activo emperador Segismundo de Luxemburgo hizo una enérgica oposición á los proyectos de Felipe y aun se negó á recibir su homenaje por los dominios que el duque había adquirido en tierra del Imperio. A su muerte, la elección llevó nuevamente al trono impe-



Sello de Federico de Austria. (Archivo secreto del Estado, Berlín.)

rial á los Habsburgo en la persona de Alberto de Austria, príncipe también capaz de hacer respetar su autoridad; pero después de Alberto reinó durante cincuenta y tres años (1440-1493) Federico de Austria, refiriéndose al cual un enviado de Carlos VII escribía que era un hombre «adormecido, desidioso, pesado, taciturno, avaricioso, cicatero, pusilánime, que se deja desplumar por cualquiera sin defenderse, variable, hipócrita, disimulado, y á quien sienta bien todo adjetivo malo.» Felipe el Bueno no podía desear soberano menos temible; pero ahora el rey de Francia hallábase ya en condiciones de frustrar los proyectos del duque de Borgoña.

Uno de los medios de contener la ambición borgoñona era una alianza con los príncipes austriacos (3). Ya en 1430, Carlos VII había firmado con Federico, *el de la Bolsa vacía*, un tratado que por un momento

(2) Véase anteriormente, pág. 750, nota. Por otra parte trató en vano de obligar á Renato de Anjou, á quien hizo prisionero, á cederle el ducado de Ber.

(3) En tiempo de Carlos VII, la casa de Austria estaba dividida en tres líneas: 1.ª, la línea de Austria, que tuvo entonces por jefes al emperador Alberto y luego á su hijo Ladislao, el cual no fue emperador, pero juntó durante algunos años al ducado de Austria propiamente dicho los reinos electivos de Hungría y de Bohemia; la línea de Austria se extinguió á la muerte de Ladislao en 1457; 2.ª, la línea estiria, que poseía la Estiria, la Carintia, la Carniola y el Friul; tenía entonces dos jefes: Federico, que sucedió á Alberto de Austria en el trono imperial, y su hermano Alberto el Pródigo, que murió en 1463; 3.ª, la línea llamada de Habsburgo anterior, que tenía el Tirol, la Suiza, la Alsacia y la